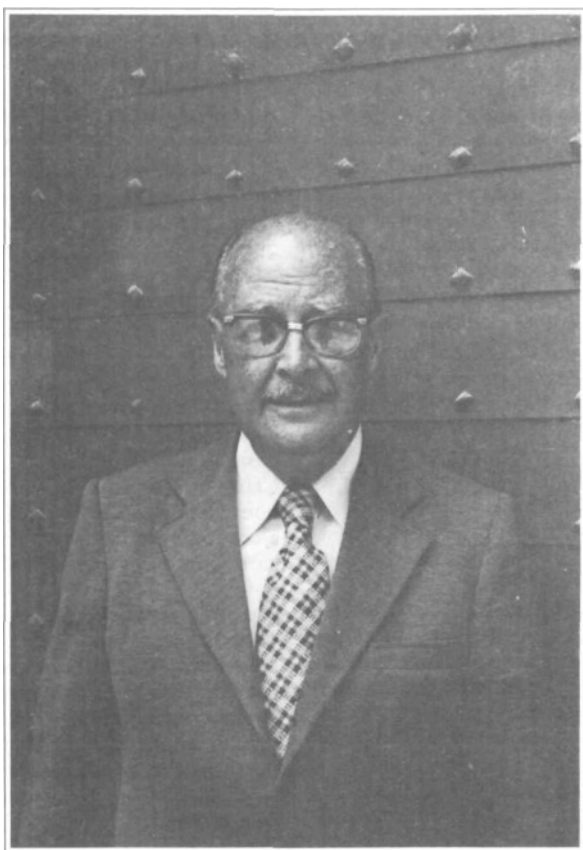


IN MEMORIAM



FRANCISCO IÑIGUEZ ALMECH

El día 5 de agosto fallecía en Pamplona D. Francisco Iñiguez Almech. Arquitecto de profesión y vocacionalmente arqueólogo e investigador, fue a la conservación y estudio de monumentos arquitectónicos a la que consagró su vida. Magnífico dibujante -era curioso verle croquizar sobre un papel cualquiera para explicar al encargado o al albañil la solución de algún problema surgido en obra con la misma claridad y limpieza que si estuviera en la mesa de trabajo- sus proyectos y las ilustraciones de sus trabajos de investigación, son primorosos. Discípulo de Lampérez, se le puede considerar, junto con Torres Balbás, del grupo de los arqueólogos completos, que examinan los problemas, por su profesión, desde un enfoque arquitectónico.

Sus intervenciones en el patrimonio monumental son numerosísimas en las catedrales de Burgos y León, las Huelgas, Santo Domingo de Silos, la Seo de Jaca, San Juan de la Peña, San Millán de la Cogolla y un larguísimo etcétera.

La docencia fue otra de sus actividades. Catedrático de Teoría del Arte en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid y después de Historia del Arte en la Universidad de Navarra, son muchas las generaciones de arquitectos y licenciados en Letras que han pasado por sus aulas. La claridad y amenidad de sus clases era tal que -por lo menos en la Escuela de Madrid, donde yo fui su alumno- era corriente la asistencia de estudiantes de otros cursos que llegaban a ocupar totalmente el aula.

Hombre de gran humanidad, cuando se le pedía un consejo sobre cualquier problema, técnico, artístico o particular, se ponía a la altura de su interlocutor y con su gran saber, indicaba su criterio en forma coloquial sin jamás intentar imponerlo, pero convenciendo siempre.

La investigación le debe a Iñiguez grandes trabajos en temas como el arte paleocristiano y el arte mudéjar y si nos circunscribimos a Navarra tenemos como ejemplo sus trabajos —publicados en esta Revista—

IN MEMORIAM

sobre el Monasterio de Leire y el Claustro de la Catedral de Pamplona, hoy día fundamentales para el conocimiento de estos monumentos, y sus cinco tomos de Arte Medieval Navarro, en colaboración con José Esteban Uranga y editado por la Caja de Ahorros de Navarra, la obra más importante que se ha publicado sobre estos temas, en la que con una sistematización del arte navarro se exponen una serie de sugerencias e hipótesis, algunas ya confirmadas, que abren amplio camino a futuros estudios.

Navarra se ha beneficiado con su trabajo en dos oportunidades: la primera, antes del año 36, como Arquitecto de zona de la entonces Comisaría del Patrimonio Artístico, en que tuvo intervenciones, siempre cortas de presupuesto, en algunos monumentos, como Santa María de Olite y Leire; y la segunda cuando ya fijó su residencia en Pamplona, en la que la Diputación Foral le encomendó las obras de restauración de San Miguel de Aralar y del Hórreo prerrománico de Iracheta, obras en las que tuve la suerte de colaborar con él. Sobre los importantes descubrimientos que, sobre todo en la primera de estas restauraciones, surgieron y que revolucionan todo lo mucho escrito sobre él, tenía prácticamente terminado un -como todos los suyos- minucioso y documentado estudio que esperamos pueda ser publicado en breve

por la Institución como homenaje a su persona. A esta restauración de San Miguel de Aralar junto con la de la Aljafería de Zaragoza siempre las tuvo un especial afecto, cosa que no se recataba en manifestar.

Persona entrañable, siempre dispuesta a facilitar toda clase de datos a cualquiera que fuera a consultarle, a él acudíamos todos los que nos ocupamos en estos temas en la seguridad de que íbamos a encontrar la solución al problema.

Académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, correspondiente de algunas otras, en posesión de varias condecoraciones, con su innata modestia jamás hizo alarde de estas cosas que consideraba glorias humanas. Cristiano de firme fe, su última lección a los que siempre nos hemos considerado sus alumnos y hemos visto de cerca la resignación con que ha llevado su dolorosísima enfermedad -en la que conociendo desde el principio su irreversible gravedad se prestó voluntario, en un último acto de caridad y amor al prójimo, a experimentar nuevos tratamientos en los que había que contar de manera imprescindible con la reacción serena e inteligente del enfermo- ha consistido en indicarnos el camino a esa Gloria Verdadera que, con toda seguridad, él ya está gozando.

JOSÉ MARÍA YARNOZ ORCOYEN